

EL MÁS BRUTAL DE TODOS. (LA CIA *DIXIT*)

Miguel Ángel Sandoval*

Introducción

Sobre la revolución de los años 1944-1954 se ha escrito mucho, bastante si se quiere, pero aún existen ángulos que no se han abordado. Ello a pesar de que en la actualidad existen fuentes documentales que permitirían hacer una aproximación más objetiva, científica si es el caso. Especialmente porque ahora se sabe de los archivos desclasificados por Estados Unidos, el principal responsable histórico de la conspiración que terminó con la primavera democrática guatemalteca.

Pero siempre hay algo que no lo permite. Acaso por razones que nunca se expusieron de manera pública, quizás por una especie de *omertà* o secreto de Estado, mantenido durante muchos años. Como los secretos ya no lo son más, y lo que pasó hace setenta años en Guatemala solo es un tema de especialistas y gentes interesadas en conocer la verdad histórica, falta en algunos temas una visión que pueda ser conocida de manera amplia. Esa es la razón de estas notas.

Creo que, a punto de llegar a los setenta años del fin de esa breve, pero intensa década democrática en Guatemala, hace falta hablar de algunas zonas de sombra. Son zonas de sombra incómodas, que, en verdad, desde

* Sociólogo, escritor y dirigente político guatemalteco.

los sectores progresistas no se han abordado. Por ignorancia de las cosas o por una especie de silencio cómplice o quizá, incómodo. Es el objetivo de este pequeño ensayo testimonial e histórico. Al que, en mi percepción, seguirán otros para profundizar en un tema que merece ser conocido por los guatemaltecos y por los estudiosos del proceso que conmovió hasta sus cimientos a Guatemala en la época de la famosa y célebre revolución de los años 1944-1954.

- I -

La primavera democrática fue durante años denostada –y lo sigue siendo– de múltiples formas y maneras. Todo en contra de ese proceso que había levantado las esperanzas de los desposeídos, que había abierto el camino de los trabajadores en general y de la pléyade de nuevos artistas del país. Los ataques se hicieron por los comprobables errores, las insuficiencias que siempre existen, pero, sobre todo, desde el anonimato, desde las sombras, y por las creaciones que se hicieron desde los organismos especializados de instancias como la Agencia Central de Inteligencia (CIA, por sus siglas en inglés) y similares. Todo para cumplir con un libreto creado en las oficinas de gobierno de los Estados Unidos en su guerra particular contra la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS). Era la Guerra Fría.

En libros como *La operación PBsuccess*¹, hay una idea aproximada de los esfuerzos desplegados por los aliados locales y externos. El libro que se cita tiene en su origen documentos desclasificados del gobierno de los Estados Unidos, no es producto de la invención del autor. La primavera democrática fue señalada de todos los supuestos desmanes y violaciones a los derechos de los ciudadanos y de manera particular de aquellos de la oposición, que aún estuvieran coaligados con los enemigos externos, eran merecedores de los derechos consignados en convenios internacionales y en el ordenamiento interno. De ello daban cuenta el presidente Jacobo Arbenz y todos sus funcionarios.

Poco después del derrocamiento del presidente, conocido como «el soldado del pueblo», vieron luz varios libros de propaganda anticomunista,

1 Nicholas Cullather, *CIA Guatemala Operación PBsuccess: Las acciones encubiertas de la CIA en apoyo al golpe de Estado de 1954* (Guatemala: Tipografía Nacional, 2004).

de acusaciones en contra de las actividades realizadas durante esos años. Pero mucho de lo más grave es que los crímenes cometidos por la contrarrevolución en batallas que no existieron fueron adjudicados a los integrantes del gobierno del presidente Jacobo Arbenz. Lo que los libros no decían es que formaban parte de lo que años antes había definido la CIA: asesinar la reputación de algunas personas y de la primavera guatemalteca.

Sin embargo, libelos como uno denominado *El quetzal no es rojo*, de Carlos Samayoa Chinchilla, aparecido en 1956, o en un registro más ideológico, el de *Renuncia al comunismo*, de Carlos Manuel Pellecer Durán, son apenas débiles muestras de todo el arsenal desplegado contra la primavera democrática y sus principales defensores o beneficiarios. Junto con ello, todas las mentiras que repetidas aún llegan a nuestros días.

Son las ideas de «quitarles los niños a los padres», «invadir y expropiar la casa modesta de barrio», «prohibir la religión», «lavar el cerebro de los estudiantes», o «convertirse en la cabeza de playa del comunismo en América, la cuna de la democracia» y de tantas cosas. Y con el agravante de que el comunismo se llegó a convertir en el propio Satanás, en la mezcla perfecta de todos los miedos existentes, arrancando con la Siguanaba. No ha existido ejemplo mayor de un monstruo que el creado contra el comunismo.

En pocas palabras, había que construir como en la actualidad, al enemigo interno. Si con el presidente Arbenz el filo principal estaba en torno a su debilidad por haber permitido comunistas en su entorno cercano y por la reforma agraria, que intervino unas pocas tierras de la United Fruit Company (UFCO), había que crear una bestia o más bestias que recibieran de forma concentrada todo el odio en contra de aquellos que habían osado cambiar la finca de toda la vida. Son los años más duros de la Guerra Fría y por esa razón el comunismo y la lucha en contra del mismo ocupaba todos los espacios de decisión política, económica y cultural. Es la época en que en los propios Estados Unidos la cacería de brujas fue concreta.

Son innumerables las historias de escritores, artistas o cineastas perseguidos por sus creencias y muchos los que recibieron la «bola negra». Fueron sencillamente expulsados de la vida ciudadana y artística. No hubo lugar de ese país en donde ello se impidiera. Por el contrario, parecía que existía

una especie de competencia para ver quién hacía las más graves acusaciones y recomendaba los más duros castigos. Son los años del Buró Federal de Investigación (FBI, por sus siglas en inglés) que en lo interno vigiló, acosó y advirtió a millares.

Para los países ubicados en el área de influencia que los Estados Unidos se habían adjudicado, Guatemala ocupó en esos años el papel del «chico malo», del país que se salía del guion que el macartismo establecía. Y fue entonces que hizo de este pequeño país el blanco de todas las construcciones ideológicas o más bien, pseudoideológicas. Es el momento que las medidas económicas de Arbenz y antes de Juan José Arévalo se convirtieron en la expresión concreta del comunismo en el continente y eso no se podía permitir. Eso estaba en el fondo de la campaña contra la primavera democrática.

Pero el curso de la historia no se detiene y en muchas ocasiones rectifica, se reinventa, se reescribe. Es por ello que varias décadas más tarde, las medidas del gobierno de Arbenz se convierten poco a poco en lo que hubiera salvado a Guatemala del desastre actual. Hay un consenso creciente en cuanto a que se trataba de reformas de corte capitalista, de pequeñas reformas, nada más.

Salvo quizás el de la reforma agraria que sigue siendo en un país como Guatemala, algo así como el peor tabú. En especial porque abordar el tema de la tierra implica evidenciar el despojo histórico a que se ha sometido a los pueblos originarios. Y no solo me refiero a la época de la conquista, incluso de la época liberal y la reforma de 1871, también a los despojos más recientes, incluyendo el de las tierras otorgadas por el Decreto 900 de la primavera democrática.

En otras palabras, era la vía para la construcción del mercado interno, sentar las bases para salir de la pobreza, contar con finanzas sanas, y autonomía frente a las empresas multinacionales. Pero también era una manera de democratizar la propiedad de la tierra, de hacer un país menos excluyente. Todo ello con educación, salud, vías de comunicación, apoyo al arte y la cultura. Nada extraordinario en otras latitudes... no en Guatemala.

Lo curioso de todo el ataque propagandístico, es que no hubo —o en todo caso nada de relevancia— ataques directos contra el Ejército del país, pues este había formado parte de la conspiración para el derrocamiento del gobierno de la primavera. En efecto, al consultar escritos de la época, se llega a mencionar que el Ejército traicionó en el último momento, pero que anteriormente había sido un bastión en el proyecto revolucionario, más allá de una treintena de intentonas de golpe que se escalonan a lo largo de esos diez años. Hay que anotar que en esas intentonas hubo de manera general, corrientes dentro del Ejército que se mantuvieron fieles a la institucionalidad, o en ocasiones claramente afines al proyecto que encabezaron Arévalo y Arbenz. Pero en sentido estricto, era difícil hablar del ejército de la revolución. Y si se ahorraba las críticas, era para impedir alineamientos de militares que hubieran anticipado la traición final.

Lo que era indispensable pasaba por encontrar responsables, de hecho, culpables, de todo lo que se le endilgaba al gobierno y de todo de lo que adelante se le iba endilgar. Como no hubo ataques en contra del Ejército por las razones anotadas, el blanco se movió hacia la policía (Guardia Civil) tanto en su parte policial como en la parte de investigaciones.

Fecha el 24 de marzo de 1954 —y «liberado» por la CIA en el 2003—, uno de estos documentos es un envío aéreo titulado: «Asesinato de la reputación de (“Character Assassination of”) Rogelio Cruz Wer». En él se sugería una campaña negra contra Cruz Wer, en la que, por medio de un comunicado de prensa se le acusaba, entre otras cosas, de conspirar contra el propio Arbenz².

Este es el inicio del ataque sistemático en contra de uno de los más firmes defensores de la primavera democrática. Es lo que se colige de lo que revela Francisco Villagrán Kramer, cuando refiere en su *Biografía política de Guatemala*³, que en los días más álgidos de la crisis en junio de 1954. Rogelio Cruz Wer habría advertido a Arbenz de oficiales del Ejército conspirando, de la mano de la embajada norteamericana, y habría solicitado a Arbenz autorización para llevar a cabo capturas, lo cual no fue respondido por el aún presidente.

2 Es invaluable para estas notas el artículo publicado por Rodrigo Rey Rosa y Sebastián Escalón. «Cuando los militares “cazaban genocidas”», *Plaza Pública* (9 de julio de 2013), <https://www.plazapublica.com.gt/content/cuando-los-militares-cazaban-genocidas>

3 Francisco Villagrán Kramer, *Biografía política de Guatemala: Los pactos políticos de 1944 a 1970* (Guatemala: Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, sede Guatemala, 1993), 152.

A partir de ello, todo lo que sigue después es la campaña en todo su esplendor, retroalimentándose a sí misma, agregando con el paso de los días nuevos «hallazgos», nuevas evidencias de la crueldad del asesino bajo el mando de Arbenz, el coronel Rogelio Cruz Wer. Junto a él, la otra figura dueña de toda la crueldad posible, Jaime Rosenberg, palidece. La explicación se puede encontrar por pura omisión: mientras la CIA dice claramente que hay que matar la reputación de Cruz Wer, no dice mayor cosa de Rosenberg, aunque es otro de los objetivos.

Quizás los datos más reveladores sobre el rol de Rogelio Cruz Wer y la necesidad de convertirlo en el enemigo a derrotar, en el culpable de todos los horrores, se encuentra en el hecho de que la guardia civil que él dirige, fiel al presidente Arbenz, está integrada por hombres armados y entrenados bajo sus órdenes. Como bien se señala en el libro *Operación PBsuccess*, «La élite de la Guardia Civil, apasionadamente devota al presidente, incluía 2,500 de los soldados mejor equipados y entrenados del país»⁴.

De igual manera, en el libro *Fortuny, un comunista guatemalteco*, el autor dice, en una línea, que Cruz Wer creía posible evitar la caída del gobierno con la fuerza militar que tenía la Guardia Civil⁵.

El otro dato se encuentra en libro de Piero Gleijeses, *La esperanza rota*, en donde se hace referencia a una comunicación de Rogelio Cruz Wer a sus oficiales para que dejen de tratar mal a campesinos, agregando que no se podría bajo ningún concepto, justificar enfrentamientos entre campesinos y la fuerza pública, y que esa orden debe ser cumplida o tendrán que explicarle y cuanto antes. Es el tono de la comunicación⁶.

Es la razón por la cual, Rogelio Cruz Wer pasó a la historia como «el más cruel de todos», de acuerdo con la versión de la agencia gubernamental de espionaje y operaciones encubiertas de los Estados Unidos. Y esto es lo que se ha repetido durante más de sesenta años. Es lo que aún se considera la verdad histórica de los años de la primavera democrática.

4 Cullather, *CLA Guatemala Operación PBsuccess*, 64.

5 Marco Antonio Flores, *Fortuny, un comunista guatemalteco* (Guatemala: Editorial De León Palacios, 1994), 242.

6 Piero Gleijeses, *La esperanza rota. La revolución guatemalteca y los Estados Unidos, 1944-1954* (Guatemala: Editorial Universitaria, 2008).

No ha habido rectificación de ninguna naturaleza, nada que permitiera modificar en algo la realidad de esos años y la dimensión de la intervención norteamericana en los asuntos internos de Guatemala, utilizando las más burdas construcciones, hechas con puras mentiras.

- II -

Al momento de la intervención de 1954, personajes de diferente nivel político, funcionarios de gobierno, líderes sociales o artistas, automáticamente salieron al exilio. El asilo político funcionó de la manera más natural, como en otros países, momentos y procesos. Hubo familias enteras que salieron a diferentes países. Casi todos buscando países afines o, en muchos casos, el más cercano y el más respetuoso del derecho de asilo. Es por ello que muchos salieron a México. Unos cuantos lo hicieron por la vía normal o natural en estas circunstancias: ir a la embajada y buscar protección. Otros, de los que no se sabe, buscaron los pasos ciegos en la frontera terrestre y viajando como pudieron.

Quizás el caso más sonado y grotesco es la humillación en contra del presidente Jacobo Arbenz, que en el aeropuerto fue obligado a quitarse la ropa para tomarle fotos deleznable que fueron publicadas en la prensa nacional e internacional. Jamás un mandatario había sido sometido a tal injuria. De la misma manera, nunca un mandatario se había convertido en un «judío errante», sin acomodo real en ningún país, independiente del régimen político que hubiese. En México, Uruguay, Francia, Suiza, incluso en la Cuba de la década de 1960, su presencia había sido, por lo menos, incómoda.

Pero fieles al libreto pergeñado por la CIA, había que hacer pedazos la reputación de la «bestia negra» de la primavera democrática. Por ello, uno de los ataques más virulentos en el tema del asilo político o de la búsqueda del exilio por otras vías, debía construir alrededor de las bestias negras del arbencismo una sensación de repulsa, de cobardía. Entre ellos, de Rogelio Cruz Wer y Jaime Rosenberg. A diferencia de la mayoría, sí hubo aspaviento en el medio escogido para salir del país. Se le acusó de haber salido como cobarde huyendo en una especie de panel, escondido, pasando la frontera de forma ilegal, a lo que se agregaron una serie de calificativos,

al acto natural de buscar el exilio como el resto⁷. Lo más curioso de todo, sin embargo, es que el régimen que se instalaba en el país luego del derrocamiento de Jacobo Arbenz, lo hacía con un sentimiento de revancha o venganza sobre los funcionarios del gobierno derrocado. En los casos de Cruz Wer y Rosenberg, el odio llegó a tales niveles que las propiedades de ambos fueron expropiadas sin que mediaran juicios que demostraran, por ejemplo, que habían sido obtenidas de forma anómala o sencillamente robadas, pero no era el caso. La *vendetta* había borrado los argumentos de las expropiaciones de la reforma agraria, simbolizada por el Decreto 900. Ahora los perseguidos eran expropiados *manu militari*. El famoso Estado de derecho o de legalidad, se rompía con cargas de bayoneta o a patadas.

De la misma forma que Arbenz, el exilio de personajes como Cruz Wer era molesto o incómodo para los lugares en donde habían intentado obtener asilo político. Había en torno a los principales dirigentes y líderes de la revolución guatemalteca un bloqueo político de primer orden. En algunos casos vía las órdenes imperiales puras y simples, en otros casos, se daba esa prudencia que acompaña a la denominada *realpolitik*. La biografía de Arbenz hecha por su esposa María Vilanova, no deja mucho lugar a perderse. En México no podía expresar sus opiniones políticas pues esa era una condición para el asilo. En Uruguay había sido motivo de persecución política, acoso, sin poder dedicarse a actividades productivas, sin empleo, viviendo de los pocos ahorros.

En Francia le habían suspendido *in extremis* una rueda de prensa. En Suiza lo aceptaban por su nacionalidad —al menos de uno de sus padres— pero en calidad de convidado de piedra. Lo más dramático para Arbenz aconteció en Cuba. Tenía trabajo, sin problemas de vivienda, tenía reconocimiento, pero en ese país, en plena revolución, invitado a actos oficiales, tenía que escuchar todo el tiempo, que Cuba había aprendido de Guatemala, pero sin cometer los mismos errores.

7 Ver Ashley Black, «Assassins or asilados? Anti-communism and the politics of asylum in Cold War Mexico: The case of Jaime Rosenberg and Rogelio Cruz Wer», (Annual Meeting of the Conference on Latin American History, Atlanta GA, 10 de enero de 2016). En donde se puede constatar la manera que la CIA persiguió a estos personajes en México, aun luego de la caída del gobierno de Arbenz.

Mientras menos lúcido era el orador que se refería al tema, la referencia negativa crecía, hasta casi convertirse en grosería. Así, era posible escuchar que en Cuba sí se habían tomado las medidas revolucionarias pertinentes, sin miedo, pero en el país de Arbenz, por la tibieza, por esas cosas, no. La única posibilidad que tenía Arbenz en esos años para dejar de ser visto como una especie de blandengue, hubiera sido aceptar como vía para Guatemala la lucha armada, cosa que no hizo pues no creía en esa posibilidad.

Era obvio que no se trataba de que Arbenz empuñara un fusil y se fuera a las montañas a dirigir una guerrilla. Se buscaba que le adjudicara más legitimidad a una guerra que por definición era legítima, pues iba en contra de los artífices y los herederos de la intervención extranjera para derrocar a un gobierno democráticamente electo⁸. Arbenz bien podría haber sido el presidente constitucional de un país en guerra legítima, es algo que había previsto o sugerido Luis Cardoza y Aragón. Pero ello no entraba en sus cálculos. Quizás la derrota había sido muy fuerte de asimilar, de la misma manera que su peregrinaje por el mundo.

Ese esquema que Arbenz había padecido, era el mismo para las bestias negras del proceso guatemalteco, especialmente para Rogelio Cruz Wer. La estela de crímenes inventados por las orientaciones de la CIA lo acompañaba siempre, a donde fuera, como fuera. Vivía tanto o más que Arbenz, las limitaciones de expresión pública, la dificultad de encontrar trabajo, el rechazo social, incluso en medios de exiliados guatemaltecos. Solo muchos años después, hay una leve mención a algo distinto a la idea creada por la CIA sobre Cruz Wer⁹.

Era en pocas palabras, un apestado. Alguien con lepra como en la época de la Edad Media. Alguien a quien había que mantener a distancia, en cuarentena. Sus derechos políticos le habían sido cancelados de por vida, para siempre. Y lo más grave, es que ello de la mano de un manual elaborado por el

8 Luis Cardoza y Aragón, *La revolución guatemalteca* (México, D.F.: Cuadernos Americanos, 1955).

9 Después de todo, la pronta huida del jefe de la Guardia Civil, que, como tantos otros arbencistas cuyos nombres probablemente estaban en los listados de la CIA, cruzó el río Suchiate, parece comprensible. Ya su reputación había sido asesinada; por qué permitir que asesinaran también su persona física. Su rastro se pierde, aparte de las calificaciones de torturador y hiena, etcétera, nada más hemos encontrado sobre el exdirector de la guardia civil arbencista –nada más, excepto una cita de una carta suya, en el libro de Piero Gleijeses, *La esperanza rota*, que deja ver algo diferente de una «hiena humana». Ver en Rey Rosa y Escalón, «Cuando los militares “cazaban genocidas”».

gobierno de los Estados Unidos y su brazo operativo de los actos sucios. Esto es algo sobre lo que de manera general no se aborda con amplitud, y por qué no decirlo, siempre plantea la idea que el personaje creado por los servicios de inteligencia norteamericanos expresaba finalmente la verdad sobre uno de los más fieles defensores de la revolución guatemalteca y de más lealtad al presidente Arbenz.

El «manual del asesinato político en vida» había conseguido con Rogelio Cruz Wer un éxito rotundo. Era un muerto en vida, un zombi ciudadano, la expresión más elaborada de un ciudadano sin derechos, de un hombre sin derecho a la defensa, de un paria, de alguien que había que denostar y mostrar como ejemplo de lo ruin, de lo perverso, de lo criminal. Todo de acuerdo con el instructivo de la CIA, que solo se conoció más de medio siglo después.

A pesar de que el tema es de tal magnitud, dos textos importantes sobre el periodo, como son *La esperanza rota* y la biografía de Paz Tejada¹⁰, no se detienen en los personajes de Rogelio Cruz Wer y Jaime Rosenberg. Del primero se cita por parte de Gleijeses una pequeña nota de instrucciones a los jefes de policía, en el sentido de no acosar a los campesinos, menos reprimirlos. Y en *Paz Tejada*, hay dos o tres menciones circunstanciales. Mientras en *CIA Guatemala PBsuccess*, hay otra breve mención, pero esta, como la de Gleijeses, cualitativa, sobre el rol de la Guardia Civil. Nada más. A veces queda la impresión de que el asesinato virtual, como se diría ahora, de estos personajes habría creado tal nivel de imagen negativa que incluso los historiadores se limitaron en el trato de los mismos. Pareciera que defender la revolución implicaba borrar, también ellos como historiadores, el rol que habían jugado los encargados de la seguridad del país, que en esos años estaban en la primera fila del combate a toda clase de conspiraciones, intentos golpistas, guerra sucia y propaganda abierta contra la primavera democrática.

De igual forma, los partidos políticos de la época no hicieron ninguna defensa de la imagen del jefe de la policía que con devoción y celo había

10 Carlos Figueroa Ibarra, *Paz Tejada: Militar y revolucionario* (Guatemala: Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla y F&G Editores, 2004).

defendido la revolución y al presidente Jacobo Arbenz. Da la impresión que para medio mundo el tema era por demás incómodo. No se sabía cómo abordar al criminal más odiado, de acuerdo con a las construcciones de la CIA, que se repetían hasta el cansancio, pero que finalmente dejaban huella en los más lúcidos y críticos de la operación orquestada, armada y financiada por la CIA.

El acoso contra el derrocado gobierno de Arbenz se extendió por el mundo, lo cual no es una exageración, pero tuvo en México expresiones particulares. En este país con una extraordinaria práctica del asilo político, es solo en febrero de 1955 que una resolución judicial los declara asilados y, en consecuencia, pueden quedar libres. Antes de ello, Rosenberg había sido apresado por la policía mexicana y Cruz Wer había entrado en la clandestinidad de la mano del partido comunista de ese país, como se revela en documentos a los que se ha tenido acceso¹¹.

En este proceso, los grupos anticomunistas mexicanos, los que estaban fuera del aparato de gobierno como los que tenían vínculos dentro del mismo, intentaron por todos los medios facilitar la extradición de los dos personajes pues el gobierno de la intervención, de la mano de la CIA, quería culparlos de un supuesto genocidio y, con ello seguramente, legitimar el gobierno impuesto por la maniobra intervencionista.

Y ese medio siglo fue suficiente para borrar de la faz de la tierra a Rogelio Cruz Wer. Todo como parte de un entramado que impulsa la CIA como cabeza de la gran conspiración inspirada en la Guerra Fría para derrotar a la revolución que durante los años 44-54, intentó hacer un mejor país. Pero como sabemos, la mentira tiene piernas cortas. Es el caso.

- III -

Era el segundo semestre del año 1968, quizás en octubre, cuando en un campamento informal de la sierra del Escambray en Cuba, coincidimos

11 Verónica Oikión Solano, «La impronta solidaria y coyuntural de las izquierdas mexicanas ante el golpe de estado en Guatemala, 1954», *Revista de la Red de Intercátedras de Historia de América Latina Contemporánea*, año 7, núm. 12 (2020): 1-23. Córdoba, junio-noviembre 2020. <https://revistas.unc.edu.ar/index.php/RIHALC/article/view/28614>

unos 20 prospectos de combatientes. Algunos conocidos, como el tío Pedro, Rafael, Sergio, Herminio, Jorge y otros. Entre ellos, César Montes.

Conocía a todos, pues habíamos pasado unos meses en las mismas actividades, pero había uno al que no había visto jamás. Era un poco más adulto que el resto, quizás solo contemporáneo del tío Pedro, pero nada más.

Nos presentamos y cada quien solo dijo su nombre o seudónimo. Él era René. Me llamó la atención su porte y que era tratado con respeto. Quizás tenía algo de estrabismo, pero nada más. Ese día hubo organización del grupo y la distribución de las tareas propias de un campamento de reclutas o de una guerrilla en ciernes cuyo objetivo era regresar juntos al país para luchar por su liberación, como era el lenguaje que se estilaba en esos años. Se trata de luchar con las armas en la mano y, con ello, el más alto compromiso que se asumía y se ponía la vida por delante. En ello todos éramos fervientes convencidos. Ni un paso atrás era la consigna.

Lo primero fue la organización de las marchas que darían inicio al siguiente día. Como en todo grupo, se designaron los integrantes de la vanguardia, el grueso y la retaguardia. En el grueso iban quienes tenían menos experiencia en montar y cargaban las ollas, mucho de los víveres, como arroz, la latería, el café, etc. Mientras la vanguardia iba con menos peso para tener más agilidad. Y la retaguardia, se encargaba de ir borrando las huellas excesivas, y arreglando pequeñas cosas, como las talanqueras en terrenos por donde se iba pasando.

Luego de ello se designaron los turnos de posta o vigilancia. La idea siempre presente era que la seguridad de todos dependía de uno o dos que hacían por turnos la vigilancia.

Finalmente se designó a los cocineros para el almuerzo de esa tarde, pues por las actividades organizadas, el tiempo había pasado y el hambre como siempre, no esperaba mucho o no tenía la paciencia que era necesaria en días complicados, pues los cocineros tenían que participar de las tareas generales y luego hacer lo que les correspondía.

Para la cocina ese día se había designado a René y quien escribe, que se hacía llamar Julio. Nos saludamos y dimos inicio a la tarea. Encender el fuego, ir al riachuelo para lavar los utensilios de cocina, ollas, para la comida y para el café, y el consabido acarreo de agua para lo que hiciera falta.

En esas actividades, René ponía su mejor empeño. De seguro no estaba acostumbrado a cocinar para nadie más que para él, y en otras condiciones, no las de una guerrilla en ciernes. Pero finalmente hicimos lo que había que hacer: cocinar para la tropilla de prospectos. El menú de ese día y del resto de días de montaña, sería lo mismo: arroz y latas de carne prensada (tipo Spam), de procedencia china, rusa o de Bulgaria.

La nota cómica la pusieron los cocineros designados para ese día. René y Julio se asesoraron para hacer el arroz: cantidades, el agua, la sal, el nivel del fuego y las llamas, así como la manera de evitar el exceso de humo por razones de seguridad. Pusieron a cocer el arroz y, de forma simultánea, iniciaron el corte de la carne prensada para hacer una especie de bistecs redondos que se freían y se colocaban uno a uno sobre un recipiente. La idea era freír la carne para todos los prospectos, los cubanos que nos acompañaban como encargados del puesto de entrenamiento en el Escambray y alguien más, que nunca faltaba.

Uno de los cubanos se acercó y, en el estilo nacional y sobre todo de guardia, les dijo a los bravos cocineros: «no sean pendejos, dejen de freír uno a uno los pedazos de carne. Córtenlos en trozos y métanlos dentro del arroz. Así es más fácil y más rápido. No jodan». Ni René o Julio vieron eso como un atrevimiento o falta de respeto, aunque sí rieron un buen rato al pensar que, en efecto, el guardia tenía razón pues se trataba de una comida en campaña, no una cena entre amigos.

De los prospectos ninguno conocía de la identidad o antecedentes de René, salvo César que era el comandante de ese grupo de reclutas, y el tío Pedro, que al solo verlo lo reconoció, acaso por ser contemporáneos. En efecto, René y el tío Pedro eran los dos veteranos del grupo. Todo el resto andaba en la veintena, a lo sumo los treinta años escasos. Pero René y el tío Pedro ya eran cuarentones, incluso un poco más. La diferencia entre ellos es que el tío Pedro era curtido en las tareas físicas, de campo, experto en el uso del

machete, de cualquier herramienta que encontrara en su camino, mientras que René se veía frágil, de escritorio. El único detalle es que sus manos se veían trabajadas por el karate que en esos años reinaba en Cuba.

Al día siguiente iniciamos los ejercicios en el terreno. Por la orografía de la isla, salvo las alturas de la Sierra Maestra, las otras montañas son relativamente pequeñas, comparadas con las guatemaltecas, pero eso no significa que caminarlas sea un paseo; menos si se hace varios días seguidos y si se tiene más de cuarenta o cuarenta y cinco años. Era el caso de René. Llegaba extenuado de las marchas. Pero lo hacía por convicción pues estaba pasando su experiencia como guerrillero para poder regresar luego a luchar por su país. Esa era su motivación.

En el grupo donde nos encontramos para las actividades, el denominado centro o grueso de la columna en marcha, hacíamos todo lo posible para apoyarlo en el esfuerzo. En ocasiones alguien se ofrecía para llevarle la mochila. Otro más hacía las paradas un poco más largas para un mejor descanso. Todo para que René no se fatigara más de la cuenta.

Conversamos mucho en esas caminatas, sobre todo, en los descansos. Un día estaba realmente extenuado, al borde del abandono de la experiencia, pero se sobrepuso y todos le dimos ánimo. Al día siguiente, nos tocó subir quizás la más empinada de unas pequeñas lomitas; ya sin su mochila que alguien le llevaba. René tenía evidentes problemas para subir esa montaña y al ver que no podía subir la cuesta empinada, conseguí un lazo o cuerda, y se la puse alrededor de la cintura, mientras, como si fuéramos dos carros, lo jalaba, y le daba ánimo. Le decía: «dele René, que falta poco».

Ese día terminó exhausto. Conversamos sobre lo ocurrido en ese incidente de llevarlo jalado por una cuerda y expresaba su agradecimiento. Solo le respondí que era normal apoyarse en esas circunstancias y que no era nada del otro mundo hacerlo. Bromeamos algo al respecto, fuimos a comer y luego cada quien buscó su puesto para descansar y dormir. Finalmente, el sueño era reparador.

Esa noche, uno de los responsables conversó con René para decirle que al día siguiente podía descansar en el puesto de mando, pues tenía

signos de deshidratación producto de una aguda diarrea: que no pasaba nada si descansaba un día, que por lo demás era normal en momentos de entrenamiento, que, si alguien tenía dificultades como una diarrea o ampollas graves en los pies, pues lo lógico era el descanso. Pero, fiel a sus convicciones y carácter, optó por no quedarse en el puesto y salir al terreno.

En esos años, vivir como guerrillero, tener las convicciones del guerrillero, era la más alta distinción que se podía tener. Especialmente si se vivía en Cuba y se conocía de las peripecias y sacrificios del Che en Bolivia. Los revolucionarios no podían tener debilidades, estaban obligados, por la moral revolucionaria y combatiente, a dar siempre el ejemplo. Esa era la divisa de René, que no la proclamaba a los cuatro vientos y de manera verbal, sino que trataba de ser consecuente con sus actos y responsabilidades.

Al día siguiente salimos del campamento a una nueva marcha para hacer algún ejercicio propio de esos entrenamientos. René salió como todos nosotros, aunque no iba tan de buen ánimo como otros días. Parecía un poco preocupado, casi taciturno, aunque nada muy lejos de lo normal. La tarde anterior, el tío Pedro se había, acercado y platicado con él. Todo para decirle que en esos entrenamientos se caminaba más que en la práctica pues de eso se trataba, de entrenar para soportar mejor las condiciones de más adelante, entre las que se incluían las privaciones que en esos entrenamientos no existían, pues había agua por todos lados, víveres para los días del entrenamiento y, encima de todo, ropa seca para la noche y el sueño en hamacas cómodas, finalmente.

El ejercicio parecía rutinario. Todos caminábamos con tranquilidad, no se veían esfuerzos extras en el recorrido, no aparecían cerros de consideración. En suma, una marcha de esas que se utilizan casi para descansar y reponerse de los días de ajetreo para continuar después, con un poco de más intensidad, o para dar por finalizado el ejercicio, pues finalmente, se trata de ejercicios que se hacen para mantener el espíritu de la tropilla, pero nada más.

A eso de las 11 de la mañana hicimos un alto. Nos sentamos como pudimos para descansar y contar alguna historia. De pronto escuchamos un disparo. Hicimos bulla pensando en algún escape, de esos que se producen por inexperiencia o por jugar con las armas en momentos de descanso. Para

ver qué ocurría, corrimos hacia el ruido del disparo, solo para encontrar a unos pocos pasos de nosotros a René, con tiro en la mandíbula, en un acto de suicidio inesperado. Al sentarse había colocado el fusil parado y lo apoyó en la parte baja de su cabeza, en el mentón y soltó el disparo. Murió instantáneamente.

César, que iba en la marcha con un grupo más adelante, regresó rápido al escuchar el disparo, pues siempre queda la duda por los accidentes que en ocasiones ocurren. Al llegar vio a René ya muerto y con sangre en su pecho, y solo dijo: falleció el coronel Rogelio Cruz Wer. Sólo en ese momento supimos de la identidad de quien había sido nuestro compañero en los días del Escambray.

Luego, en pláticas más o menos privadas, esto es, con dos o tres integrantes del grupo, César había comentado una conversación con René, en la que este le había dicho que en efecto sí había reprimido en alguna ocasión a desafectos al gobierno. A ello, César le había replicado que en verdad no había sido lo necesario para parar las conspiraciones, y que por el tema no se preocupara, que en las filas de los nuevos revolucionarios no había nada en contra de él ni nada en contra de las medidas extraordinarias que en algún momento fue necesario usar. Y el otro comentario es que, al momento de encontrarse, uno le había hecho al otro el saludo militar, llamándose por coronel y comandante, respectivamente.

- IV -

El suicidio de Rogelio Cruz Wer quedó en el marco del pequeño grupo que había compartido con él sus últimos días en las montañas de Cuba¹². En esos días era comprensible que el régimen cubano quisiera mantener en secreto la estancia en el país de un personaje que los gringos tenían como el enemigo a desaparecer, que el gobierno guatemalteco tenía como el enemigo jurado, al que había que demonizar para que su mal ejemplo no se repitiera. Mientras que, a la izquierda guerrillera balbuceante, la sola idea de la campaña de propaganda negra la había paralizado.

12 En la biografía de Paz Tejada, Carlos Figueroa Ibarra menciona (en nota al pie de la página 117) el suicidio de Cruz Wer en Cuba, pero sin más detalles.

Sin embargo, es de destacar que Rogelio Cruz Wer, que había sido un sólido defensor del gobierno de Arbenz, había optado por las armas, por la lucha insurreccional en el momento que comprendió que era esa la única manera de resucitar como ciudadano libre y dispuesto a luchar por su país, de la mano y en conjunto con otros revolucionarios de las nuevas generaciones que, como él, querían hacer la revolución en Guatemala.

En esos años, gente como Rogelio Cruz Wer, ya maduro, con muchas experiencias de vida, e incluso viniendo de procesos derrotados como el guatemalteco, optó por la vía de las armas, de la misma manera que miles de jóvenes en todo el continente. Hubo exmilitares brasileños, dominicanos (Caamaño el más destacado), políticos peronistas experimentados, de otras latitudes. Viejos comunistas de Chile o de Uruguay, anarquistas, incluso no pocos demócratacristianos, nacionalistas, así como de otras denominaciones y nacionalidades. Era el signo de la época.

Cruz Wer hizo lo que se esperaba de mucha gente del periodo de la revolución frustrada de Guatemala. Su decisión no tiene mucho que ver con el acto de terminar sus días por mano propia, al ver la imposibilidad de impulsar su compromiso hasta la victoria, como se pensaba por todos los que empuñaban las armas.

Quizás esto sea un tema de vital importancia para estas notas. Establecer que su decisión de empuñar las armas era un acto libre, totalmente meditado, profundamente sólido. Un acto que lo separaba de Arbenz quien no creía en las apuestas por la lucha armada. Era una decisión que lo alejaba del partido comunista, que durante años había mantenido una postura ambigua sobre el tema de la guerra en un país como Guatemala en donde no quedaban otras opciones.

Al momento de su muerte, el tío Pedro, uno de los veteranos del grupo en donde Cruz Wer había hecho su corta experiencia guerrillera, solo dijo: «no era necesario que Cruz Wer fuera a la montaña como combatiente. Hay muchas cosas que se pueden hacer sin estar necesariamente con el fusil en la mano, aunque sí apoyando la tarea de quien sí lo lleva y combate con él». Se dijo que bien podría haber sido un instructor de las nuevas camadas de jóvenes que se incorporaran, que hubiera sido un asesor de primer orden

en las formaciones militares cuando se tuvieran territorios liberados, que podría haber sido el vínculo natural entre los veteranos de la revolución de octubre y las nuevas propuestas revolucionarias.

Sin ir muy lejos, en esos años podría haber sido un representante de los núcleos fundadores ante diversas organizaciones o gobiernos, pero en ese entonces, todos los documentos que ahora conocemos no se habían hecho públicos y alrededor de Cruz Wer existía la construcción perfecta de la CIA, que lo situaba como el más brutal de todos en los años de la primavera democrática.

Agregaría que, si bien es cierto que sus funciones se ubicaban en aquello que es por definición uno de los organismos de Estado que se encargan de garantizar la seguridad y el combate de los enemigos del orden establecido, también lo es que, en el cumplimiento de esas funciones, las órdenes de captura, la prisión de los enemigos reales o supuestos, forman parte de las tareas indispensables, propias de esos organismos.

Aún más. En esos años las conspiraciones de origen interno y externo se encontraron a la orden del día. No fueron una, ni dos, ni tres, se trató de diez años enteros de conspiración. En diversas publicaciones se señala con datos, documentos, informes, la realización de al menos unos treinta intentos de golpes de Estado, de asonadas, de sabotajes, etc. Y ante estos hechos, dos o tres personajes se ocuparon durante esos años difíciles de las tareas de la seguridad interna. Puedo afirmar que el odio que se les profesa por la derecha nacional y por la CIA es directamente proporcional a sus fracasos.

O dicho de otras maneras, por el fracaso de cada una de sus acciones, el odio creció en contra de los funcionarios que hicieron que estas fracasaran. Es ahí el rol de gentes como Rogelio Cruz Wer, jefe de la Guardia Civil en esos años. Es también el odio contra Jaime Rosenberg, jefe de la Policía Judicial, o sea la policía política, o su principal jefe, el ministro de Gobernación, Augusto Charnaud MacDonald.

En otras palabras, Cruz Wer dirigía el ministerio encargado de reprimir a los enemigos del régimen. No era el ministerio de las obras sociales dirigido por las hermanitas de la caridad. Pero hay una distancia enorme con las

acusaciones construidas a partir del proyecto de la CIA, que era asesinar la reputación del jefe de la Guardia Civil.

Y es otra la aproximación cuando se está delante del ejercicio del poder y la visión de seguridad nacional en una democracia, con el monopolio de la fuerza que existe tanto en las democracias europeas o la guatemalteca, o la norteamericana, que en esos años sí era realmente represiva y aniquiló centenas y centenas de gente crítica a la manera en que se dirigía el gobierno de ese país.

Lo paradójico en todo caso es que la propaganda, libros, historias, de quienes organizaron, dirigieron, financiaron y ejecutaron el golpe contra Arbenz, que es realmente masiva en contra de figuras como Rogelio Cruz Wer, Jaime Rosenberg y otros, no tiene o tuvo en los defensores de la revolución democrática de Guatemala algo semejante para tratar de impedir las falsificaciones o dicho en términos de sus creadores, contrarrestar el asesinato de la reputación de estos personajes.

Su acto final fue una derrota para la CIA que no pudo terminar con la vida ciudadana de Rogelio Cruz Wer. Cruz Wer finalizó sus días como combatiente de un proyecto de organización que más adelante se denominó Ejército Guerrillero de los Pobres.

Pero en esos años, las frustraciones y el recuerdo de la derrota hicieron que los proyectos de futuro no se concretaran y en un día aciago hubiera tomado la determinación de quitarse la vida ante la idea de no tener las condiciones físicas, para la forma de lucha que se consideraba en diversos círculos de la izquierda, como la única, aquella que abarcaba absolutamente todo.

Para mí, Rogelio Cruz Wer no fue nunca la bestia negra creada por la propaganda de la CIA, sino un compañero de marcha en las montañas, en los ejercicios de entrenamiento para los combates del futuro, con el que compartimos sueños de un país mejor.

Por ello, lo dramático de esa decisión de terminar así con su vida.

Bibliografía

- Cardoza y Aragón, Luis. *La revolución guatemalteca*. México, D.F.: Cuadernos Americanos, 1955.
- Cullather, Nicholas. *CLA Guatemala Operación PBsuccess: Las acciones encubiertas de la CLA en apoyo al golpe de Estado de 1954*. Guatemala: Tipografía Nacional, 2004.
- Figueroa Ibarra, Carlos. *Paz Tejada: Militar y revolucionario*. Guatemala: Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla y F&G Editores, 2004.
- Flores, Marco Antonio. *Fortuny, un comunista guatemalteco*. Guatemala: Editorial De León Palacios, 1994.
- Gleijeses, Piero. *La esperanza rota. La revolución guatemalteca y los Estados Unidos, 1944-1954*. Guatemala: Editorial Universitaria, 2008.
- Oikión Solano, Verónica. «La impronta solidaria y coyuntural de las izquierdas mexicanas ante el golpe de estado en Guatemala, 1954». *Revista de la Red de Intercátedras de Historia de América Latina Contemporánea*, núm. 12 (2020): 1-23. <https://revistas.unc.edu.ar/index.php/RIHALC/article/view/28614>
- Rey Rosa, Rodrigo y Sebastián Escalón. Cuando los militares «cazaban genocidas». *Plaza Pública*, 9 de julio de 2013. <https://www.plazapublica.com.gt/content/cuando-los-militares-cazaban-genocidas>
- Villagrán Kramer, Francisco. *Biografía política de Guatemala: Los pactos políticos de 1944 a 1970*. Guatemala: Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, sede Guatemala, 1993.

